

Querido Diario

Erma Cárdenas

2020 la pandemia

Hoy, 26 de marzo, con las maletas hechas y antes de tomar el taxi para el aeropuerto, Kelvyn decidió consultar el itinerario de viaje. Su corazonada resultó cierta: ¡cancelaron nuestros boletos Londres-Adelaida! Y no había nada que hacer. Lo aprendimos semanas antes, con la búsqueda frenética de otra vía: conseguimos París, cambio de avión en Dubai, llegada a Australia un día después. Nos felicitamos. Empacamos. Le di al conserje los alimentos que tenía en el refrigerador. Hice una lista para que no olvidáramos cerrar el gas, la electricidad, agua. Y... sufrimos la primera cancelación; ésta (¡maldición de Satanás!) es la segunda.

Tras varias exclamaciones que no aplacaron mi ira y con un sentimiento de *dejá vu*, pedimos que nos devolvieran nuestro dinero. Nos concedieron la mitad. Sólo la mitad. Aeroméxico seguía prestando servicio México-Londres y, si no nos convenía, qué pena. Ni siquiera nos rebelamos. Nos invadía el sentimiento de total indefensión; otro de gratitud: conservábamos la salud. ¿Las quejas? Inútiles. Debíamos apreciar nuestra buena suerte: un apartamento hermoso donde pasar la cuarentena, dinero, nuestra mutua y enamorada compañía. Aunque pertenecemos a la tercera edad, la más frágil, gozamos de una resistencia física envidiable. Lo único que me molesta es ese “debíamos”; significa una imposición del agradecimiento. Suspirando, repuse los víveres que con tanta generosidad regalé.

Por un lado claudicamos, resignándonos a lo inevitable. Por otro, detestamos padecer los errores de los poderosos, porque no se les puede llamar gobernantes. Hablan, pierden el tiempo, mientan, roban, inventan planes absurdos, pero no gobiernan. Kelvyn y yo somos dos viejos, un número ínfimo entre siete billones. Menos que una liendre en esta colonia humana desbordada, letal

para el planeta. Nuestra desaparición y la de nuestros contemporáneos mejoraría el ambiente y el sistema económico global. Los gobiernos ahorrarían miles de millones en pensiones, hospitales, cuidadores, etc. Sobramos. Para llevar a cabo este maquiavélico plan los malditos orientales “inventaron” el coronavirus en un laboratorio y de ahí lo exportaron a Trump y al mundo. Copiando a Hitler, la dominación absoluta empezará eliminando a los inútiles... pero no, claro que no. La idea de una conspiración me parece absurda: la manera más eficaz de aplastar la posibilidad de sobrevivir. Divide y vencerás. En vez de unirnos contra el enemigo común, matémonos a sangre fría. Añado que los ancianos tenemos una buena razón para seguir consumiendo oxígeno: guardamos la experiencia de una vida bajo nuestras canas. Bien merecemos que nos soporten. Calma, muchachos, su herencia (tanto en \$ como en recuerdos), está segura. Esperen, tranquilos, un poco más.

En verdad, no me importaría morir. Disfruto días plenos, completos, felices, y no estoy en deuda con nadie: cosecho lo que sembré. Mis hijos viven lo que eligieron; los nietos, a quienes apenas conozco, siguen siendo mi esperanza, la garantía del futuro. Cuando leo lo que, según poetas y sabios, falta por hacer antes de morir, me encojo de hombros. Nunca me atrajo una caminata con los pies desnudos, ni acariciar a un tigre, el salto al vacío o la lluvia sobre el rostro. Aprecio demasiado mi columna vertebral y estoy segura de que pescaría un catarro si no uso zapatos o paraguas. En cuanto a convertirme en *sandwich* de un gato feroz... paso.

No tengo sueños inconclusos, ni arrepentimientos, ni culpas... Pero hay de muertes a muertes. Rechazo el fallecimiento por asfixia. Yo decidiré cuándo y, si los dioses me bendicen, cómo. En veinte años será posible pedir un somnífero letal en la farmacia. Ya en casa, brindaré por la vida acompañada de amigos y familia. Luego, mientras duermo, llegaré al paraíso. *To sleep, per chance to dream... to think no more.* Shakespeare (mi héroe) no pudo resumirlo mejor.

La eutanasia forma parte de nuestro legado, además de anticonceptivos, la caída de la Cortina de Hierro, la liberación femenina, el matrimonio gay y la condena a los sacerdotes pedófilos. Para cerrar con broche de oro, le enseñaremos a nuestros hijos que la muerte es, simplemente, el fin y que atrás no hay castigos, ni premios. No me veo disfrazada de ángel, cantando loas al Señor durante una eternidad, ni peleándome por conquistar un sitio privilegiado cerca del trono celestial. Prefiero el descanso bajo tierra: que mis cenizas vuelvan a su origen.

Mi generación aprovechó los años en que conducimos el barco llamado presente. En medio de terribles errores, nos arrastramos milímetro a milímetro, pero siempre hacia adelante. Disminuyó la fe ciega de las masas, también la nefasta influencia religiosa, aumentado el respeto hacia los jóvenes, la ciencia y la confianza en nosotros mismos. La vacuna contra el coronavirus no la deberemos a un milagro, sino a la inteligencia del hombre.

¿Por qué o para qué escribo un diario? En estos momentos sobra el tiempo; antes tan valioso, se ha vuelto excesivo y, por lo tanto, despreciable. Quizá interpreto el pasado, otra manera de vivir. O regreso a la adolescencia, ese “querido diario” que sirve de catarsis... ¿Necesito una justificación?

Querido Diario:

27 marzo 2020

Iremos de compras a la Comercial de Interlomas. Ese hecho exige una reflexión previa: ¿arriesgo mi salud? ¿Qué tanto? Hago cálculos: distancia sana, me lavo las manos antes y después del mercado, desinfecto zapatos, víveres, llaves. Un precio bajo con tal de pertenecer, todavía, al mundo externo.

La tienda está vacía. Apenas una que otra persona en los pasillos y, si nos cruzamos, por común acuerdo nos volvemos hacia los anaqueles, como ensayado de antemano. En unas horas, el

vecino se ha vuelto la fuente de contagio; el agresor. Yo no estoy enferma, no acarreo gérmenes, soy la buena y, si no tomo mil precauciones, me convertiré en la víctima.

Mi prójimo me resulta indiferente. Jamás participé en bazares, obras de caridad, rifas: que cada quien se rasque con sus propias uñas. No confundamos la ayuda con la irresponsabilidad y la dependencia. No le robemos al pobre la satisfacción de valerse por sí mismo, contribuyendo al bien social. La educación es el medio más efectivo de lograrlo. Por tal razón, fundé un colegio. Bastante hice para que las niñas obtuvieran becas y se les considerara parte esencial de la familia; bastante con alcanzar las metas, difíciles, elusivas, que me ponía enfrente. Porque no iba a desilusionarme y, mucho menos, a mi abuelo. Algunas primas y yo, somos las únicas que merecen su apellido. Mi madre y mis tíos, inútiles, drogadictos, borrachos, vagos, desprestigiaron nuestro nombre. Un castigo para el anciano por no educar a sus hijos.

Retomemos el tema: mis alumnas... durante veintiún generaciones prediqué, en todos los tonos, “las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres”. Y, de repente, me encuentro a esas niñas convertidas en ingenieras, médicas, administradoras, reporteras, arquitectas. A tal grado han invadido el mercado laboral, que agregaron el género femenino a profesiones que antes “perteneían” a los varones. Hoy, las generaciones que formé están a la par. Y no hay vuelta atrás. Puse mi grano de arena. Lo logré.

Me pierdo en divagaciones; argumento sin ton ni son. Lo bueno es que nadie me contradice...

En el mercado actúo con responsabilidad: no hago compras de pánico. Me siento muy satisfecha pero, apenas llego a casa, una prima me llama para decirme que atasque la despensa. Habrá escasez, ni duda cabe. Más violencia. La gente robará y hasta matará para alimentar a sus hijos. ¿Amaos los unos a los otros? Nadie ama al extraño, difícilmente al vecino. Se le tolera mientras no representa peligro.

Parece que vivo en el Medioevo, durante la peste bubónica. Me apasiona investigar catástrofes. Imagino desastres recostada en mi cama, al resguardo de cualquier eventualidad. Hoy leeré *Diario del año de la plaga* para comparar aquella realidad con ésta. No creo que pase algo irremediable. Mis nietos heredarán el mundo y, al igual que nosotros, que los abuelos y bisabuelos, con una torpeza increíble, cometiendo equivocaciones, tropezando, cayendo, lo salvarán.

Querido Diario:

28 de marzo de 2020

Si pretendo conservar mi matrimonio, debo entretener a Kelvyn o se pondrá de un humor negro. Nunca peleamos y no voy a empezar en este momento. Remodelaremos el apartamento. Sería maravilloso que en tres meses de encierro lo logremos.

Programamos nuestras actividades. La rutina aligera el tiempo. A las 8:30 empezará el día. 40 minutos de yoga. Limpio, cocino, sacudo. Kelvyn lava, aspira los tapetes, riega las macetas. Regaderazo. Desayuno. Caminata. Yo escribiré y él tirará una pared. Le hará bien descargar su frustración. Almuerzo dietético. Más escritura. Elaboración de cena gourmet. Café, vino, helado, cualquier pretexto para una larga plática. TV. Cena. Lectura. ~~Cama~~. Sueños.

A mí no me molesta el aislamiento ni el encierro. Durante dieciocho años, en Tasmania y Adelaida, mi marido salía a las 6:45 del amanecer; volvía a las 4:30. En ese lapso, solita y mi alma, yo era feliz ante la computadora, comiendo fruta, poniendo la lavadora o regando el jardín... pero nunca se me ocurrió visitar a mis vecinos, inscribirme a un gimnasio, club de lectura o biblioteca. Escribía. Eso siempre me bastó.

29 de marzo de 2020

A pesar de que los chats predigan tonterías, como que la pandemia promoverá el amor y la cordialidad entre los hombres, la triste realidad es que las catástrofes sacan a flote el instinto. Esta reacción no tiene una connotación moral, sino biológica: la preservación de la especie. Sobreviven

los más egoístas. Los que ven por sí mismos y los suyos y hacen del débil el escalón para salir a la superficie. Si esto se considera inmoral, pecaminoso o simplemente malo, los ilusos tienen un serio problema.

No tengo sentimientos de culpa. He trabajado toda la vida para conseguir lo que quiero. Y, ahora, por la satisfacción de sentirme buena, ¿le daré dinero a mi criada, al pordiosero, al mendigo, dejaré de viajar, visitar a mis hijas, comprarme cosas superfluas y considerarme parte de una élite? No.

Mi sirvienta jamás pagó el seguro social, ni impuestos, ni vio por sí misma. A la hora de la catástrofe, ¿se le permite extender la mano y pedir a los que tienen? Yo obedecí las reglas sociales: pagué, cumplí, participé. Nunca más, nunca menos. Por lo tanto, que cada quien se las arregle como previó en tiempos mejores. ¿Y si no previó? Que sea digno y acepte su imprudencia. Las hormigas no ayudan a las cigarras. Mientras esas incapaces se hielan, las obreras superan el frío invernal con la panza llena. La naturaleza es más sabia que la moral cristiana: conserva la riqueza pues, si se entrega a un individuo improductivo, conduce a la miseria. Y... ¿si la cigarra se sacara la lotería? Actuará igual que sus enemigas. Ante circunstancias similares, reaccionamos igual.

Bueno, bueno, bueno... hagamos un esfuerzo y supongamos lo imposible: se me ablanda el corazón y ayudo a una persona. ¿Por qué nada más a una? ¿Porque me conviene... porque la conozco? El prójimo es todo aquél que me necesita: dad de comer al hambriento, de beber al sediento, etc. Por lo tanto, ¿reparto a manos llenas, pensando que dios proveerá? ¿O hago una selección, de por sí injusta, que me permita dos cosas: la conciencia tranquila y los lujos habituales? El jardinero, el conserje, el recogedor de la basura, el pintor, el carpintero, etc. etc. que trabajan en nuestro condómino, también se verán en aprietos. ¿Los hago a un lado? Desde luego. La caridad auténtica no mantiene al pobre en su pobreza, le proporciona los medios para que salga de esa degradación.

1 de abril

El miedo separa. Una cajera se me aproximó para ayudarme con los víveres. Instintivamente retrocedí. Ella avanzó un paso y yo, apartándome, le ordené: no se me acerque. Antes jamás lo hubiera hecho... antes, cuando la educación no contravenía las precauciones. Y hace tan poco que empezó esto.

El presidente todavía no acepta la gravedad del virus. Seguirá con su programa: conferencias, mítines, saludos de mano y beso; es decir, pondrá en peligro a la población pero, contradiciéndose, aconseja quedarse en casa. ¡Quince días demasiado tarde! Pronostica una mortandad mucho menor a la de Italia o España. Los noticieros lo desmienten: presagian muertos con números de cinco cifras. La popularidad del mandamás disminuye: diez puntos en un mes. Sin embargo, las masas cambian de humor de un momento a otro. La inconsistencia caracteriza al pobre y al ignorante.

Mis hijas me llaman por teléfono, algo que no sucedía en años. Su padre (mi exmarido) enfermó y yo he dejado de teñirme las canas. El tiempo se acorta. Mañana, pronto, sólo existiremos en el recuerdo. Por eso me llaman, me platican, inquietan, se preocupan. Signos de amor. Aun en el agobio de ocupaciones diarias: hijos, maridos, trabajo, estoy presente. Su actitud me conmueve muchísimo; me tranquiliza que me quieran.

Fernando, mi yerno, tajante, seco, y con un corazón de oro, me telefoneó para plantearme una opción: vuelo a Sydney via Vancouver. Nos dio un enorme regalo: podemos elegir. Aun con esa posibilidad abierta, Kelvyn opta por quedarse... y yo también. El apartamento de Interlomas es mucho más grande que nuestra casa en Vailima Gardens. Aquí tengo amigos, clima perfecto,

caminamos bajo el sol, andamos sin abrigo, compramos fruta y verduras frescas, una verdadera delicia. Permaneceremos en México. Mi Patria, la tierra de mis amores y de mis muertos.

| 4 de abril

¿Y qué tal si nos arrepentimos? En México no existe la seguridad ni la confianza. El presidente promueve el caos... Mejor dejen los boletos vigentes. Total, nadie nos obliga a usarlos.

Recibí tres telefonemas de casi una hora cada uno. Mis amigos se preocupan por mí. Esto significa cariño, una tibieza que abraza.

Hago comparaciones entre *A Journal of the Plague Year* con el presente. El concepto de un dios al que se pide absolución, ayuda, o piedad, no ha cambiado; tampoco la actitud de la gente. No sé cuántos WhatsApps borro cada día. Al principio me sulfuraban las cadenas de rezos: un millón de Padre Nuestros, cien mil Ave Marías, como si el número fuera a conmover a la divinidad. Con la edad, mi irritación ante la credulidad/ignorancia de los devotos desapareció poco a poco. Hoy ni siquiera expongo mis ideas, mucho menos las discuto. Simplemente suprimo semejantes tonterías... que resurgirán mientras no tengamos fe en nosotros mismos. Me parece curioso que las personas sigan suplicando a un dios que nunca escucha sus súplicas. Si acaso ocurre un “milagro”, estaba incluido en las probabilidades. Entre los enfermos del cáncer óseo se salva un tanto por ciento. No porque dios intervenga, sino porque es una característica de la enfermedad cuando invade ciertos organismos inmunes a su desarrollo.

Me maravilla que un humano tenga la osadía de corregir la Creación. Si dios hizo un universo perfecto, ¿cómo se nos ocurre rogar que lo modifique por medio de milagros temporales e insignificantes? Salva a mi padre, madre, hijo, hermano, protégenos de catástrofes, virus, guerras, dame amor, salud, dinero, trabajo... Si dios se convirtiera en nuestro esclavo, miles de millones de

ruegos cambiarían el plan divino, desde la herencia genética, hasta el orden natural. Pedimos porque no vemos el escenario completo. Nuestra mente sólo abarca un espacio y un tiempo mínimos, por eso deseamos modificar lo temporal. El verdadero creyente habla con dios diciendo: Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Mis primas, Lety y Fer han decidido que suprimirán los subsidios si sus ingresos disminuyen. Primero está su salud y bienestar. Claudia Ham advirtió a sus hijos que pagará las altísimas colegiaturas mientras reciba un buen sueldo. Si merma, y está mermando porque ya no tiene comisiones de ventas, irán a la UNAM o a dónde se pueda. Considero muy saludables estas reacciones. El sacrificio exige agradecimiento eterno e incondicional, volviendo la relación familiar un verdadero infierno.

Hoy fui a comprar una computadora... la mía está tan vieja que ya no me permite entrar al Facebook. Me encontré con las puertas cerradas. ¡La iniciativa privada da al virus la importancia que tiene! Así que las únicas salidas serán al mercado y, por las tardes, caminaremos por calles solitarias.

Hoy podré realizar mis tres propósitos: escribir este diario, mi novela y contestar los chats y Hotmail. Los días se desbocan. ¿De qué hablaré mañana? Puesto que no hay presente, del pasado.

10 de abril

Decidí no hacer el guion para película del gran inquisidor. La historia es demasiado complicada para acortarla. Su medio idóneo es Netflix, en una serie de 40 capítulos, consistentes, interesantes y con diálogos estupendos. Así que propondré a Caterina da Vinci, una historia lineal, con menos personajes y una trama sencilla. Ojalá acepten.

Kelvyn remodela la lavandería. La convertirá en cuarto de TV, con un escritorio para él y un espacio para el caballete. El departamento se verá más ordenado; cada cosa en su sitio. La TV estará cerca de la cocina; algo muy cómodo pues cenaremos viendo algún programa. No tengo más que decir. Contentos, rutinarios, decididos a sacar el mayor provecho al virus.

Las aerolíneas nos cancelaron dos veces más. El gobierno australiano interrumpió mi pensión por no regresar a tiempo... ¡Señor, dame paciencia! Estamos en plena pandemia, cerraron las fronteras... ¿Qué quieren que haga?

¡Oh, destino cruel! Jamás pensé que un país tan rico se ensañara en una pobre anciana, como yo. Desde luego, no se ha dicho la última palabra. En cuanto llegue, me pelearé con los burócratas y, si no me reembolsan hasta el último centavo, recurro a los periódicos y a mi representante ante las Cámaras. Tampoco nos han devuelto el dinero de los boletos. Si acaso viajamos a la misma ciudad, dentro del límite de un año, tomarán nuestra petición en cuenta.

Hacer y deshacer maletas se vuelve sinónimo de frustración. Plancha la ropa que se arruga, me resisto, acabo cediendo a mi idea de orden. Limpio la casa. Sigo resistiéndome. Los nervios me traicionan. Me digo: no te preocupes y, como maldición, me sale urticaria en una mano. Defensas bajas, diagnostica mi yerno. Su piel está susceptible a infecciones. Al cabo de una semana desaparecerán. Desaparecen.

Casi se terminan las píldoras para dormir. Guardaré las últimas para una emergencia.

En la farmacia no surten sin receta médica. ¿Cómo reaccionaré tras 17 años de tomar somníferos cada noche? Sorpresa: duermo igual de bien o igual de mal que antes; dos noches descanso cual bendita, la tercera la paso en vela. Por lo pronto, no tomaré píldoras a lo idiota; desde hoy me libero de esa dependencia.

4 de abril

¿Cómo regresaremos a Australia? Pasamos horas proponiendo soluciones absurdas, impacientes, de mal humor. Por fin tengo una idea brillante: *darling*, habla a la embajada. La persona que contesta se porta como psicoanalista dando terapia de apoyo. Por si fuera poco, resuelve nuestras dificultades en un dos por tres: el gobierno financia un programa para repatriar a los ciudadanos desperdigados por el mundo. Pagará las 2/3 partes del boleto, Los Ángeles-Brisbane, si pasamos 14 días de estricto encierro, a nuestra llegada. Pero, ¡aparten los asientos cuanto antes! Kelvyn obedece. Maldición: Quantas sólo vuela cada semana; bendición: todavía quedan dos el último viernes de abril. Si perdemos esta oportunidad, nos abandonarán a nuestra suerte. Compramos los boletos y aceptamos las condiciones: asientos, horario, cuarentena. Aun incrédulos, nos comunicamos con Aeroméxico ¡milagro! encontramos lugar para el vuelo a LA el día y la hora precisos.

Todo está arreglado. Entonces hacemos un examen de conciencia: ¿estamos felices de regresar? No sé. Ideamos un nuevo horario: ¿acabaremos la remodelación del apartamento o dejaremos polvo, escombros, basura, en el nuevo cuarto de TV? No tengo idea. Adapto de menús y compras de víveres: ¿vaciamos el refrigerador o la comida terminará en la basura? ¿O con el conserje?

Titubeo: ¿saco nuevamente las maletas y las lleno poco a poco? Tengo el presentimiento de que esto nos dará mala suerte.

Descubrimos que los seguros médicos expiran hoy. Hacemos cuentas: gracias a la diferencia de horarios, Kelvyn puede hablar a Australia y renovarlos.

¿Por qué escribo haciendo preguntas? ¿Es un signo de locura?

10 de abril

Pasamos los días en suspenso total. Apostamos a que nos cancelan. Confiemos. Hagamos algo constructivo para pasar el tiempo. Ya no me atrevo a informarle a mis amigos que me quedo-me voy-me despido-me retacho-me quedo. Tampoco logro escribir.

15 de abril

Cambian el horario del vuelo a Los Ángeles. Por reloj, me tardo dos horas y cincuenta minutos en comunicarme con Aeroméxico. Mientras espero, escucho un mensaje que memorizo y, estoy segura, afectará mis neuronas. Si la voz de la grabación me taladra el tímpano, le doy el auricular a Kelvyn, hasta que él también pierde la cordura; si sentimos hambre, quien no está pegado al teléfono salva al cónyuge de la muerte por inanición: trae plátanos, uvas, leche, pan... Por fin contesta un ser viviente, alias mujer. Tras dos largas y muy claras explicaciones, comprende que no podemos aceptar el cambio de horario porque perderíamos el vuelo a Brisbane. Amablemente me pide que espere. Le toma más de media hora idear un nuevo itinerario... pero nada es seguro. Quizá haya otro cambio.

Desde ese día hasta el 26 de abril no hacemos nada relevante. Terminamos el vestidor. Quedó muy bien: aprovechamos mejor el espacio y cada uno de mis vestidos, trajes, blusas y sacos cuelga de un gancho. Mi sentido del orden está satisfecho.

Kelvyn trabaja a marchas forzadas en el cuarto de la TV. Yo intento escribir un guion.

Uno u otro propone un descanso. Tomamos café, hablando de todo. A pesar del encierro, todavía tenemos mucho que contarnos. De repente, guardamos silencio. Estamos seguros de que nuestra suerte nos traicionará en el último instante.

La señorita que prolongó nuestros seguros médicos cometió un gravísimo error. El mío, que compré aquí, sólo puede renovarse en México. Así que he pasado semanas sin estar protegida por una póliza. Mi furia es tal que no presto atención a las mil disculpas que esa retrasada mental envía a mi correo.

Marco el teléfono de la aseguradora mexicana. Cerraron las oficinas por la pandemia. Mi nerviosismo crece. Sólo falta que me enferme y que no tenga manera de ingresar a un hospital. Hablo a varias amigas. Leonor me da la información necesaria, pero el dolor de cabeza aumenta. Localizo a Rocío. Ella se encarga de agilizar los trámites. Esa misma tarde envía la póliza; la pago por transferencia bancaria. Las sienes me punzan. Rehúso tomar otro analgésico. Ya no confío en nada, en nadie. El virus desbarata los más elaborados planes. Estoy a merced de imprevistos y a mí, que me precio de dirigir mi destino, este vaivén me saca de quicio.

A dos días del vuelo hacemos las maletas. Es de mala suerte. Podría jurarlo...

El día anterior al vuelo sucede: otro cambio. Me preparo para el maratón telefónico acumulando botanas al lado de la computadora: queso, aceitunas, avellanas, nueces, pasitas, cacahuates... Respiro hondo. Preparo una sangría que disminuirá mi tensión. Disminuirá mi tensión. Lo repito hasta que se convierte en mantra.

A la primera llamada me contesta una voz humana. ¡No lo creo! ¡Ni siquiera le recé a San Judas Tadeo! Con la boca llena de galletas y la sorpresa aturdiéndome, me toma varios segundos explicar, objetiva y racionalmente, que ese cambio de horario nos impediría tomar el vuelo a Brisbane. La empleada investiga tan espinoso asunto. Necesita cuarenta y ocho minutos para jurar que no hay nada que hacer. ¿Nada? Como diría Napoleón, la derrota no forma parte de mi vocabulario. Le propongo varios planes: llegaremos a Los Ángeles en autobús, caballo, burro, pero tomaremos ese vuelo. ¡Es el último! ¡El gobierno australiano nos abandonará! La fe que me sostiene se resquebraja. Mi voz vacila, a punto del llanto. Entonces, una idea brillante estalla en mi cerebro.

Señorita, ¿y si salimos un día antes? Quizá, contesta. Permítame. No, señora, nada. ¿Dos días antes, por favor? Sí. La afirmación suena a música celestial.

Esperamos. Kelvyn come botanas. Yo como uñas hasta que mis dedos son una verdadera desgracia. Al fin nos muestran los boletos electrónicos en pantalla. Mi marido se hace cargo del resto. Elige un hotel en Los Ángeles y consigue una habitación que cuesta un ojo de la cara, para pasar 22 horas en el país donde hay más contagios y muertes por el coronavirus. ¡Y nos consideramos afortunados!

Trato de leer. Imposible. Trato de ver televisión. Los programas me parecen idiotas. No tengo fuerzas para hablar con mis amigos. Cada uno, por grupos o en general, me consideran antisociable, obsesiva, necia, histérica. Me tienen compasión: ninguna menciona mi mal humor. Esa noche no duermo más que a ratos. Otro cambio y apartaría mi lugar en el manicomio. Despierto sin razón aparente y descubro que Kelvyn pasea por el apartamento cual alma en pena. Lo acompaño. Por la ventana de la cocina, vemos el amanecer.

En algún momento informé a alguien qué día partíamos porque recibo varias llamadas. Me desean suerte, se despiden, prometemos chatear, WhatsApp, Hotmail. Me dan consejos: quédate, vete, mejor esto, huye, relájate, mejor aquello, tranquila, calma. Yo asiento, no sé a qué ni a quién.

La última noche tampoco duermo. Enciendo la computadora. No hay cambios. Me acuesto. Me levanto. Enciendo la computadora. No hay cambios. ¡Gracias a Dios! No soportaría uno más. A las dos y media de la mañana, me levanto. Tomo un larguísimo baño. Desayunamos huevos duros. Cerramos el gas, agua, luz, escondemos las llaves del joyero (mis alhajas son bastante mediocres, las de mi abuela, magníficas), bajo una cortina para que el sol no destiña el sofá azul, lavo los platos, pongo la comida para el conserje en cajitas de plástico, recorro las habitaciones. Como siempre, me entristece abandonar este apartamento donde hemos vivido momentos hermosos; más bien, largos días hermosos.

¡Hace años que no lloro! Siento esa necesidad porque a mi regreso, no sé lo que encuentre. ¿A todos mis amigos? El país, ¿en qué condiciones? Me gustaría quedarme. Formaría parte del grupo, esas amigas queridas que conozco desde adolescente. No. No expondré a mi marido a este caos: faltan hospitales, ambulancias, médicos. Kelvyn no habla español. ¿Cómo se comunicaría si me prohíben traducir su sufrimiento? ¿Interpretaría sus palabras correctamente? No cargaré con la responsabilidad de su muerte. Entonces, resultaría imposible vivir conmigo misma.

29 de abril

Sé la fecha. Está impresa en el boleto. Este día, aunque distinto, totalmente distinto, y por lo tanto fácil de vivir eliminando repeticiones agobiantes, que idiotizan la mente, se encima a otros. Navego sin conciencia. Devoro pedazos de tiempo sin apreciar ese tesoro irremplazable.

Nos formamos en fila. Afirmamos y firmamos que, hasta donde podemos comprobar, estamos sanos. Nos toman la temperatura. Aunque nadie metería las manos avalando la sinceridad de los pasajeros, abordamos. Nos asignan asientos separados por el pasillo. Me hace falta la mano de Kelvyn en el despegue, ese momento en que, supongo, el avión puede venirse abajo. Ya en el aire, entre nubes, convierto a esa máquina pesada y torpe, en pájaro. Me siento a salvo.

Dormito. Oigo las instrucciones de seguridad, me ofrecen bebidas, no comprendo datos sobre la temperatura y la hora en Los Ángeles. Antes asimilaba esos detalles: ajustaba mi reloj, descartaba o cogía mi abrigo. Hoy siento una indiferencia total. Ni siquiera llega a indiferencia: mi voluntad no tiene la energía suficiente para el rechazo.

Aterrizo sin la mano tibia de Kelvyn, protegiéndome. Freno con los pies y respiro cuando el avión se detiene. Hacemos las declaraciones pertinentes; pasamos la aduana en media hora, un verdadero récord. Mientras espero al lado del carrusel, corrijo a un muchacho, guapo y joven, latino,

desde luego, que ordena “colectar” las maletas. Le explico: fui maestra de español y el verbo es recoger. Recogemos las maletas. Supuse que se enojaría; al contrario, me lo agradece y no comete nuevamente ese error. Al salir de la sala, desde lejos hace el signo de la victoria. Cervantes sonríe en su tumba.

Despierto, todavía vestida, en la recámara del Crown Plaza. ¿Dormí realmente o me perdí en un vacío donde habitan sombras de muebles y fantasmas con forma humana? Tras un minuto entero, admito que estamos en otro país y, sobre todo... ¿es posible regresar a Australia! ¿Qué sucedió en el aeropuerto de México? No sé. ¿En el avión? Éramos pocos pasajeros. Como desayuno, papas fritas y un jugo. Estuve presente, ausente. Ciega, vi. Habito un mundo inexistente y desde ahí espío lo que me pertenece. Cada vez menos. Su consistencia disminuye. Sentimientos, sonidos, imágenes siguen ahí, pero no siento, ni oigo, ni capto. Paso a un lado de lo conocido. Actúo por instinto. Kelvyn, mi marido, también pierde consistencia. No hablamos. Bajamos a una cafetería y pedimos algo. Comemos en cajitas de cartón y utensilios de plástico. Volvemos a la habitación, donde la cama king size ocupa demasiado espacio.

Abro los ojos en un espacio oscuro. Carezco de tiempo e identidad. Bajo la ducha, despierto. O nunca estuve dormida. Hoy en la noche tomaremos el vuelo a Australia. Por la noche. Esta noche. El miedo me atormenta. ¿Puse las llaves del coche en la cocina? La verificación es en julio. Le escribiré a Anita. ¿Cuánto dinero debo al Palacio? Hablaré por teléfono. ¿Apunté el número de mi cuenta? Y... ¿dónde metí las llaves de nuestra casa en Adelaida... la maleta grande, mi bolsa, el nécessaire? Ya nadie dice nécessaire. ¿Las tiene Kelvyn? ¿Cerré la ventana? ¿Escribí la lista del mercado? Carmelita comprará lo indispensable. No sabemos cuándo regresaremos. Hay que prever, a riesgo de que el esfuerzo resulte inútil. ¿Tardaremos seis, ocho meses? Debo avisarle a mis hijas: el domingo llegamos a Australia. Si llaman por teléfono y no me encuentran en México, se preocuparán... o darán por hecho el viaje. Necesito cambiar el chip del WhatsApp.

Sobre la king size deshago la maleta. Localizo mis pasaportes. Los reviso. Su consistencia, en las manos, me tranquiliza. Al entrar presenté... entregué el pasaporte australiano al oficial de emigración. Compruebo la fecha del sello. Coincide con el boleto. Suspiro agradecida. No cometí errores. Aquí prefieren canguros (blanquitos y de ojos azules) a nopales (prietos y pobres).

Trump aumenta el odio hacia México. Lo que huele a indio produce desprecio.

Aunque llegamos al aeropuerto con cuatro horas de anticipación, la fila es larguísima. La gente teme perder este último vuelo. Declaramos que no tenemos fiebre ni síntomas de enfermedad. Aun así nos toman la temperatura: Kelvyn 36.8; yo, 36.9. Quantas, la aerolínea australiana, revive nuestro optimismo. Hay algo de ese país en las azafatas, trámites de pasaportes, bienvenida a los pasajeros.

Entregamos las maletas, sabiendo que llegarán sanas y salvas. Nos advierten que no habrá vino, ni comida gourmet. Antes nos daban un menú impreso y, a media noche, un chocolate con crema batida o una paleta que se deshacía en la boca.

Nos asignan lugares: nadie se sienta al lado de otro pasajero. El tapabocas es absolutamente indispensable, excepto durante la cena. Tomo diez miligramos de melatonina, más la tranquilizadora seguridad de que volamos sobre el Pacífico. Nos acercamos a la vida que empieza a hacerme falta.

Frente a nosotros, un pasajero descarta el tapabocas. Tiene barba y le molesta. La azafata le advierte que ya incurrió en una multa que va de \$133.00 a \$13,330.00 según criterio del juez. Y, si la rebeldía continúa, pasará la cuarentena en la cárcel. Por lo pronto, no bajará del avión hasta que la policía venga por él.

Trece horas después aterrizamos en Brisbane. Firmamos que no tenemos fiebre ni síntomas de enfermedad. Desde ese momento, un guardia nos acompaña. Vamos a la sala donde esperaremos el autobús. Llegamos al hotel. Estoy exhausta: un cansancio nervioso, que llega al dolor, recorre mi

cuerpo. Casi sin participar en los trámites, porque todo está previsto de antemano, nos encontramos en la habitación que ocuparemos durante catorce días.

Tomo un somnífero. Me reprocho recurrir a las pastillas, pero necesito reposo, una quietud donde me recupere. La cama, enorme, recibe mi cuerpo. Se vuelve costumbre que duerma vestida. Mi mente sigue vagando. ¿Dónde está el libro? Si leo, ¿dormiré al fin?

Despierto frente a la ventana. ¡Doce horas! Un descanso total sin interrupciones. Estiro los brazos y ruedo sobre la cama. Es magnífico estar viva. Kelvyn escribe en su laptop y yo, apenas en ese momento, capto el estupendo paisaje que abarca cinco metros de cristal. Recorro el horizonte, límite de un bosque y Brisbane, la ciudad que nos apresa. Mis ojos se detienen en las montañas que, igual a una acuarela, ocultan posibilidades. ¿Qué hay detrás? Entre aquel infinito y esta cercanía existe un espacio suficiente para que nos hagamos ilusiones: los días pasarán pronto.

Absorbo los grises y azules, el verde de los árboles; a mis pies, el estacionamiento vacío, los jardines vacíos, la carretera vacía. Es domingo, me consuelo, mañana habrá movimiento y la vida, sabemos, es movimiento. Tomás de Aquino suponía que el feto tenía alma en cuanto se movía en el vientre.

Examino la habitación. Muestra esa esterilidad de lo moderno, como si nadie hubiera usado estos muebles eficientes, idénticos a otros. Kelvyn me sonríe. El alivio se pinta en su rostro. Me abraza y yo me aferro a su ternura. Sin él nada valdría la pena. La vida es vida porque la compartimos.

--Ayer permaneciste inmóvil durante horas, con los ojos abiertos. Dudé entre llamar a un médico y la certeza de que nos separarían si necesitaban internarte en un hospital.

--¿Respondía a tus preguntas?

--Con monosílabos.

--¿Comía?

--Poco. Picabas la comida y la revolvías hasta que apartaba el plato. Volvías a acostarte, agarrando la almohada con fuerza. Traté de que aflojaras los puños sin despertarte. No lo logré.

--¿Leía?

--No... ¿Cómo te sientes?

--Bien.

Bajo la regadera invento una teoría: mi cerebro no soportaba mayor tensión. Fechas, datos, informes, caían sobre mí por toneladas y no exagero. En mi agenda veo diez o doce actividades, desde comprar mantequilla hasta el pago de impuestos. A las exigencias que continuamente me angustian porque desconfío en la puntualidad, la eficiencia, la responsabilidad o la rectitud de los demás y, por lo tanto, yo debo ser doblemente puntual, eficiente, responsable y recta, se sumaba la histeria social. Ese miedo continuo, espeso, desbocaba en mentiras y pronósticos absurdos. Pilar nos contó que un acupunturista, conocido suyo, le aseguró que los chinos (la maldita amenaza amarilla) se negarían a vender la vacuna que producían sus laboratorios. ¿Con qué propósito? Aumentar las ganancias. Los noticieros daban boletines cada hora: contagios y muertos aumentan, se desbordan los servicios médicos, no se aceptan más pacientes en los hospitales. Los gobiernos del mundo entero se mostraban impotentes en esa pandemia. ¿Vacunas? No se producirían en meses. Entonces, ¿era mentira que los chinos la tenían a la mano? Desde luego, Pilar negó que ella afirmara lo del acupunturista. ¿A quién se le ocurre? ¡Ni que estuviera loca! Pero todas lo oímos. De mí no salió tanta tontería. No entendiste mi idea, Erma querida.

Las malas noticias proseguían. ¿Pruebas para detectar al infectado? Poco confiables. Y ya se pronosticaba una segunda ola en invierno, si acaso sobrevivíamos ésta. Entonces, ¿cuando regresaré a México? ¿No basta que cancelaran la exposición de Leonardo en el zócalo y, con ello, la venta de

mi novela? La editorial planeaba una tercera edición y yo trabajé cual esclava para ese logro. Conseguí una presentación en el Club de Industriales y habían apartado lugar 132 personas. ¿Tampoco basta que se posponga la publicación de *Líneas paralelas*?

El cúmulo de tensión me obligó a huir. Si no hubiera escapado por unas horas a la realidad, habría caído en una depresión nerviosa.

Kelvyn apaga la TV y, de inmediato, recibo mensajes por WhatsApp. Mis amigas creen que estoy de vacaciones. Se equivocan. Cuarentena, explico, cua-ren-te-na. Hacen comentarios descabellados pero yo, magnánima, las perdono.

Recibo nuevos mensajes. Algunas piden ayuda: el encierro las mata. Textualmente. Además, se consideran incapaces: limpiarse los pies en una bandeja con dos centímetros de cloro, cambiarse de zapatos a la entrada de la casa, desinfectar llaves, picaportes, víveres, lavarse las manos, beber agua, hacer mezclas de jengibre y otras yerbas... Olvidarán algo, la mitad, todo. Les causa pavor que otros desobedezcan las reglas y caminen por las calles. ¡Irresponsables! Multiplican el peligro. ¡Nos contagiarán! Cuesta un millón trescientos mil pesos recibir tratamiento en un hospital privado.

En Japón, los niños se suicidan porque no satisfacen las exigencias de padres y maestros. Ciertos hombres dicen que van a comprar cigarrillos y nunca regresan. Otros suben a un tren y jamás vuelven. Aman a sus familias, son buenos ciudadanos, trabajadores, honestos. Pero no soportan más presión. Su cerebro cierra la compuerta, como un acto de autodefensa. De lo contrario, perderían la cordura.

Mi mente debía evadirse porque pasé seis meses sin un ligero descanso. A veces, dormía tres o cuatro horas. Me saltaba una comida. Tosía como tuberculosa. Pero presenté tres novelas en distintos lugares. La sinagoga histórica de Justo Sierra acogió a *Mi vasallo más fiel*. (¡Qué día! Casa

llena. Ventas. Aplausos. Y la felicidad inundando el corazón). Corregí cuatro textos, más de 1200 hojas, di entre veinticinco y treinta clases, conferencias, asistí a talleres, fiestas, cocteles, restaurantes, cambié el piso de mi recámara, organicé un viaje a Tabasco (que también canceló Aeroméxico). Esos días en la playa, bajo una palmera borracha de sol, hubieran implicado la gran diferencia entre una actividad obsesiva y una productiva. No ocurrió y yo pagué el pato (las consecuencias).

Quien haya presentado una novela comprende lo que tal hecho significa. Primero se pone en marcha una constelación de detalles: asistentes, presentadores, micrófono, pantalla, vestido, peinado, regalitos, entrevistas, discurso, transporte, libros. Lo peor: dependemos de terceros. Esto implica telefonemas a granel, confirmaciones, substitutos, rezos a los santos. Porque a última hora, aun el mismo día, se enferma el presentador, se descompone el micrófono, se olvida el grado del invitado de honor y se le adjudica un doctorado, para aplacarlo... Si me dolía la cabeza, tomaba píldoras; si rondaba un catarro: vitaminas. Aprovechaba el silencio de la noche para corregir el trabajo de mis alumnos. Me imaginé cayendo en un pozo.

Cierro la llave de la regadera y continúo con la imagen del pozo. Me detengo a la mitad de la caída, por voluntad propia. Gracias al encierro descansé un poco en México. Aquí estoy más aislada que en un hospital. Por lo tanto, el virus me salvó. Emerjo del abismo en que yo misma me lancé a lo idiota. Prometo: ya no aceptaré correcciones. Juro: una actividad por día. Planeo: un fin de semana mensual en un hotel elegante y silencioso. Llamaré a mis hijas más seguido.

NO. Las concesiones me repugnan. Seguiré haciendo t-o-d-o. Porque si cedo, jamás me lo perdonaré. Sólo habrá una modificación: gozaré mi vida. No me afectarán los errores de los otros; así son y no puedo, (no puedo, no puedo, ¿entiendes?, no puedes) mejorar sus actos, ni actuar por ellos. Así que acéptalo porque no puedes, no puedo, no puedo, coordinar una avalancha de citas y compromisos sola. Espero que lo comprendas. Una secretaria. Las inventaron el siglo pasado.

El sol da la libertad que las paredes nos roban: estamos encerrados. En las cárceles se escuchan gemidos, juramentos, maldiciones. Aquí reina el silencio... lo cual nos agrada, aunque apreciamos el valor de los sonidos. Descubren el mundo exterior: oímos que nos traen la comida y la ropa limpia. Entonces ejercemos nuestro único privilegio: abrimos la puerta y rápidamente recogemos las cajitas o el envoltorio de plástico. Cerramos la puerta con cierto alivio, pues las cámaras revelarían que tomamos demasiado tiempo. Deseamos obedecer cada regla, evitando la prolongación de la cuarentena.

Como el hotel está repleto, nos asignaron una habitación con una puerta doble. Si se abriera, acomodaría fácilmente a una familia grande, separando a niños de adultos. Hoy se rompe la rutina con un episodio que, en otras circunstancias, pasaría inadvertido. ¡Tenemos vecinos! Interpretamos las voces: un guardia ayuda a una mujer con dos hijos. Deposita las maletas; se despide.

Kelvyn me mira y adivino sus pensamientos: esas dos adorables criaturas ¿llorarán por las noches, harán berrinches, la madre los castigará, regañará y, como último recurso, en medio de su desesperación, los ahorcará? Esperamos lo peor. Cuando nos invitan mis hijas, vemos escenas escalofriantes para un par de abuelos que visita a los nietos una semana por año. Además, la educación que reciben los niños modernos (si a eso se le puede llamar educación) resulta diferente, más bien opuesta, a la nuestra. Así que no estamos acostumbrados a los gritos, pataletas y rebeldías que, en nuestros tiempos, nos hubieran conducido al patíbulo.

Lo peor no llega. Sí, nuestros vecinos juegan, corren, ven TV, pintan, dibujan, recortan, hacen rompecabezas y tienen celulares, esos benditos aparatos que los hipnotizan durante horas. Por la tarde, un guardia los baja al jardín y, por la noche, los escuchamos correr por el pasillo. ¡No es justo! Como nosotros más o menos nos comportamos, permanecemos encerrados; en cambio, para

que estos angelitos no enloquezcan, les permiten desfogar su energía trotando. Bueno, habrá que conformarse.

Los oigo a través de la puerta y sus voces evocan mi colegio. Esos 21 años que dirigí el Stratford. Mis alumnos, “mis niños”, todavía me detienen en algún centro comercial, la calle, hasta en un centro turístico, para abrazarme. Juran que fueron inmensamente felices los años que compartimos. Yo también. *Magister semper mater*. Les di lo mejor de mi maternidad. Aprendí con ellos. Fui útil, puse mis teorías educativas en práctica; por obsoletas, descarté muchas medidas de la Secretaría de Educación Pública. Años maravillosos, retos cotidianos... ¿Esto ya lo pensé? Si el tiempo se borra en el encierro, ¿tengo la culpa por refugiarme en el pasado?

Otro día

Apenas abro un ojo, abro también las cortinas. El sol invade, radiante, la habitación. Entibia mi piel pero también, profundamente, mi alma. Cubre el jardín de oro, reduciendo el vacío. Con la luz olvidamos las paredes que nos apresan. Me deslumbra tanta luz, un caudal que nos entregan de repente. Y esto sucede cada mañana.

Debería recostarme desnuda sobre la alfombra, pero viejos prejuicios lo impiden. Nunca me asoleé; mi madre me embadurnaba de crema; sólo nadaba con una camiseta. La blancura destacaba nuestra ascendencia española, aunque fue el abuelo de mi abuela quien cruzó la mar océano para llegar a la Nueva España.

Absorbo el calor y la energía luminosa me revive. Con los párpados cerrado veo una gama magnífica de rojos. Al despertar de nuevo, el cielo es un ocaso que va del amarillo al púrpura.

--¿Té o café? --pregunta Kelvyn. Con esas palabras me devuelve los momentos en que platicamos durante horas sobre libros, películas, familia, política, pintura, museos... los temas sobran. Tenemos todo el pasado para compartir. Soñamos juntos nuestros viajes a Europa.

Coloco la mesa frente a la ventana. Doblo las servilletas y, en ese ritual, recobro lo cotidiano. La costumbre llena los días, aquietando nuestros temores. Los noticieros confirman que los contagios disminuyen. Australia ha sido uno de los países que mejor ha combatido la pandemia.

Me adapto sin demasiado esfuerzo, excepto por la comida. La cuecen durante horas, hasta que se vuelve una pasta suave, sin sabor definido. No necesitamos masticar la carne, tampoco las verduras ni el flan: la consistencia apenas varía. Sirven puré de papa y papas fritas, pan y galletas, pan y pastel. ¿No tienen un chef medianamente imaginativo? Los vegetales y la fruta fresca brillan por su ausencia.

Luchamos contra los carbohidratos haciendo ejercicios de yoga. Kelvyn localizó nuestras clases en Internet. Cambiamos la pantalla al suelo o al escritorio, para ver al maestro. A veces su voz se pierde pero, si no criticamos esto o aquello, aprovechamos la lección. Los músculos se desentumen, el aire invade mis pulmones. Además, nos entretenemos durante una hora.

Quizá bajemos al jardín durante diez minutos, tiempo máximo permitido. K. habla a recepción y... no se permiten dos personas en el elevador, así que deberemos tomar turnos. Además un guardia estará vigilando al paseante. No... ninguno de los dos acepta.

El amor... Sola no soportaría este hotel. Las paredes se derrumbarían sobre mí, sofocándome. Y el silencio total... No hablaría con nadie excepto si los médicos telefonean para saber cómo estamos. He oído que muchos acaban detestando la TV porque sustituye a los humanos; otros sufren de claustrofobia, paranoia, nerviosismo, tics y requieren ayuda psicológica. Obviamente, se las dan, pero aún no han medido las consecuencias de esta soledad. El silencio impuesto tortura; al final, destruye.

Hoy recibimos el permiso para regresar a Adelaida apenas termine nuestra cuarentena. El papelito indica que nuestro estado de salud ha pasado la prueba. A pesar de esto, no corren riesgos acortando el encierro. Pensé que saltaría de dicha y permanecí impávida.

Cada día comemos menos. El menú desabrido, gratuito, eso sí, nos fastidia. Quizá sea una ventaja: no engordaremos tanto. Kelvyn menciona, melancólico, mis creaciones de chef. Yo planeo nuestros banquetes a futuro, incluyendo velas y vino.

Nos entregan la cuenta de gastos, metiéndola bajo la puerta. Sólo pagaremos \$6.80 porque se me antojó pedir leche evaporada y no tenían en la cocina. Como pretenden consentir a los presos (nosotros), la compraron en una tienda frente al hotel.

La monotonía aplasta mi iniciativa. Ni siquiera uso el WhatsApp. Rechazo las tragedias, las teorías sobre conspiraciones internacionales, la carencia de liderazgo gubernamental. Estoy conforme en este capullo, oyendo noticias alentadoras: en nuestro Adelaida no ha habido contagios, ni muertos en seis días. Llegaremos y los cafés estarán abiertos, podremos caminar por el parque. Extraño esos árboles enormes, las flores que sólo crecen en el jardín botánico. La nostalgia me ayudará a abandonar la seguridad que da esta cárcel.

Mis días se reducen: leo mucho, TV y medio escribo este diario. Sólo porque May (amiga queridísima, colega y directora de Enlace Judío) lo pide. De lo contrario jamás proseguiría.

Es evidente, la práctica hace al maestro. Leo con mayor placer, captando el meollo de la trama, la esencia de los personajes... una verdadera delicia. Dicen que aquellos con cierta cultura distinguen, sin problemas, la verdad del fanatismo, lo real del miedo. También los alienta la fe en la

ciencia. Creer en lo posible confirma la solidaridad entre los hombres. Gracias a la razón y a nuestra resistencia contra la muerte, hemos sobrevivido catástrofes devastadoras. Lo haremos una vez más.

Paso un tiempo infinito, como el que tengo ante mí en esta cuarentena, admirando un espectáculo bellissimo, que abarca mi ventana. De repente, Kelvyn señala el horizonte. Un arco iris doble se extiende de un punto a otro. Sólo el color podía superar al cúmulo de nubes que, compactas, de una blancura incomparable, caminan lentamente por el cielo. Su pereza, de cambios mínimos pero continuos, me embrujaba. Y ahora, tras la lluvia gris, este arco doble crea un paisaje diáfano, fugaz. Los siete tonos se reflejan a la inversa, creando un espejo cósmico.

Este país, es decir Kelvyn, pues sin él no estaría aquí, me ha regalado ocasos, estrellas fugaces, cometas, noches tan claras que parecen día y amaneceres donde el sol cubre de oro al mundo, astros ocultos en el hemisferio norte, planetas visibles cada cien años, y una aurora austral que mi alma todavía recuerda estremecida.

Me obligo a escribir mensajes. Un gran abrazo por el Día de las Madres. Leo: “Fuiste una mamá para mí”. Firma Rosa Hernández y esa confesión me abraza. Recuerdo su nombre, su carita morena, lo asustada que estaba el día que su mamá me entrevistó para pedir una beca. Ayúdeme, maestra, tartamudeó. ¡Pobre, nunca intuyó que despertaba a un monstruo! Yo no ayudo nadie, afirmé. Me gustaría que hubiera amistad en nuestra futura relación y resulta imposible si existen deudas de agradecimiento. Vaya a la inspección escolar. Actúe con firmeza y, si su hija se lo merece, obtendrá la beca. Ay, maestra, los inspectores ni la oyen a uno. Fórmese en la fila, espere cuantas horas sea necesario y regrese cada día. Si la rechazan, me trae las fichas de ingreso y salida, que

prueben que siguió mis indicaciones, e iremos juntas a hablar con el gran jefe. Me conoce muy bien y, sospecho, le inspiro un saludable pavor. He demostrado con estadísticas que las niñas sólo consiguen, si acaso, un diez por ciento del apoyo estatal y que esta situación debe cambiar de inmediato. Hoy mismo. Esto no implica un favor. Usted, simplemente, está exigiendo sus derechos.

Regresaban menos de menos de la mitad, pero si entraban en mi oficina con la sonrisa en la boca, agitando los papeles de la beca cual bandera triunfal, ganábamos la batalla. Esa madre jamás permitiría que la hija perdiera lo que tanto esfuerzo había costado. Su actitud cambiaba de manera radical: se ofrecían como voluntarias para acompañarnos a las excursiones culturales, iban a los museos, asistían a las conferencias que yo impartía en el plantel y, una, estudió por las noches en el Sistema Abierto para Adultos y obtuvo su certificado al mismo tiempo que mi alumna.

Una beca, en una escuela para ricos, representa tremendos conflictos. Los niños descargan los prejuicios de sus padres en la niña pobre, indígena, “que huele a tortilla”. Siempre hubo una ocasión en que encontré a Rosa, y a otras en su misma situación, llorando. Jamás pregunté el motivo. Sencillamente decía: Te insultan por envidia. Eres más lista que ellos. Demuéstralo. Inventa alguna manera de conquistar su amistad, aunque no puedas invitarlos a tu casa, ni darles regalos caros. Ellos tienen dinero; tú, inteligencia. ¿Quién crees que gane?

Para celebrar su cumpleaños, Rosa llevó tamales en vez de pastel. Prefirió Las Mañanitas al Happy Birthday. En cuanto terminamos, se puso de pie, y dijo: En mi casa no hay agua caliente y no da tiempo de calentarla porque hacemos una hora y media para venir a la escuela. Me baño muy rápido, por eso huelo a tortilla. Hubo una pausa en que remordimientos y vergüenza se mezclaron. Al final, todos la felicitaron... pero yo recibí el abrazo más largo. El resto es historia.

Aline telefonea a la habitación. Sabe que prefiero el teléfono (antiguo medio de comunicación), al

WhatsApp. Agradezco ese detalle. Mi hija, experta en averiguar datos, me localizó en un dos por tres. Es mi rayo de sol: transmite optimismo con su risa y, gracias a dios, ríe por cualquier cosa. Su jefe la tiene en un nicho. Claro, también la explota, pero eso forma parte de la naturaleza de todos los jefes.

Katia envía una hermosa carta. Su rectitud (cualidad en peligro de extinción), me trasmite una enorme paz; confío en ella. Al igual que su hermana, es profundamente generosa. ¿De quién lo heredarían? Quizá de mi abuela...

Veo a alguien en el jardín. Me acerco lo más posible a la ventana; pego mi nariz al vidrio. El hombre habla por celular gesticulando, camina durante varios minutos hasta que un guardia lo llama. Observo la carretera: transitan más coches, aunque nunca demasiados. Un tren vacío al aeropuerto vacío. ¿Vale la pena gastar tanto dinero en un servicio inútil? Australia desperdicia su riqueza, pero el año pasado canceló la educación universitaria gratuita. Dios, no nos des conformidad; inspira a los jóvenes para que se rebelen contra medidas idiotas.

Usaremos las mismas sábanas durante catorce días. Supongo que, si nos bañamos, nuestro olfato resistirá tal prueba. Por otra parte, estos locos (el gobierno) subsidian con 15 dólares diarios el lavado y planchado de ropa. De cualquier modo yo me encargo de mis calzones y mis bras. Rayos, calzones “suena” horrible. ¿Escribo pantaletas? Pero... ¿May entendería a qué me refiero? Para que se sequen más pronto, los cuelgo del cortinero. Estamos en el tercer piso y nadie los distingue o prohibirían semejante inmoralidad. En México somos fanáticos; aquí, puritanos... ambos países interpretan equivocadamente la religión. Quizá un individuo supera los prejuicios, pero la mayoría se doblega a la intransigencia porque ansía pertenecer al grupo social. Gracias a dios, allá y acá cuentan con ateos sensatos que predicán la moderación.

Odio el desperdicio. Contaminamos nuestro planeta y heredaremos un basurero a nuestros nietos; así que acumular cubiertos de madera, bastante bonitos por cierto, me causa serios

remordimientos. Los guardo en un cajón, aun a sabiendas de que los tirarán apenas nos vayamos. Resulta más barato que lavarlos.

El domingo no hay vuelo a Adelaida. Kelvyn reserva una habitación en un hotel contiguo, pues en éste sólo se admiten los sospechosos de portar el coronavirus. Cumplida la cuarentena, el gobierno pierde interés en nuestra saludable humanidad y casi casi nos echa a patadas.

Nos trasladaremos caminando.

17 de mayo 2020, el gran día

¡Soy mujer! Necesito perfume, maquillaje, una hora ante el espejo. Me seco el cabello y lo peino como una profesional. Ha crecido hasta los hombros, igual que en mi juventud. Me siento francamente seductora. Una *femme fatal* rascando los ochenta. Salgo del baño deslumbrante y K. no me reconoce. Debo amenazarlo con el repudio para que lance piropos a granel. Ante semejante esfuerzo, finjo creerlos.

Un guardia nos recoge a las diez en punto. Nos entrega en la administración, como a dos niños desvalidos. Nos despiden cordialmente. Después de todo, nos portamos bien: nunca nos quejamos y obedecemos las reglas.

La habitación que pagamos con nuestro dinero contante y sonante (¿una de las ventajas de salir de la cuarentena?) resulta bastante pequeña, lo mismo que el baño; pero lo aceptamos con filosofía: sólo permaneceremos una noche.

Bajamos a la cafetería (el restaurante todavía no abre sus puertas). Nuestras ilusiones se rompen en pedazos. ¡Sólo hay dos mesas ocupadas! El ambiente, a pesar de la música, se confunde con una funeraria. Los clientes hablan en voz baja. Ordenamos el menú a un metro de distancia de la cajera; igual sucede en el bar. Porque hoy me emborracho pase lo que pase.

¡Oh, dolor! Sirven en las mismas cajas y con los mismos cubiertos que en la cárcel (el otro hotel). Imitando a la perfección al chef... ¿así se le llama a un bárbaro que destruye el sabor y la textura de los alimentos, cocinando la comida hasta convertirla en puré?

Califico al moscatel con un diez y estrellita. Casi beso la copa de cristal. ¡Hemos vuelto a la decadencia, a lo superfluo! Brindo por el amor. Porque estoy más enamorada de mi marido que al principio y sé que su presencia me sostuvo en la soledad del aislamiento. Por las noches, su respiración apaciguaba mi impaciencia. Con lentitud, para no despertarlo, me acercaba a la tibieza del cuerpo que tanto placer me ha dado. Él adivinaba, aun en sueños, esa cercanía. Me abrazaba. Juntos, en una burbuja ajena al mundo, nos reconocimos compartiendo días sin tiempo y tiempo sin personas. Lo que para otros fue angustia, para nosotros significó comunión.

Un comensal se acerca a nuestra mesa. Alzando la voz anuncia que, al final de la pandemia, el virus habrá matado a medio millón de personas. Le tiemblan las manos. Para calmarlo, expongo mi teoría: en el siglo pasado, hubo más de 120 millones de muertos entre las dos guerras mundiales, la influenza de 1918, Corea, Iraq, la revolución mexicana, rusa, china... Me quedo corta. ¿Quizá 150? Sin embargo, a pesar de los cadáveres bajo tierra, las cruces y cementerios, somos siete billones contaminando este planeta. Si estudiamos el problema con la indiferencia de dios, 500 000 muertos disminuirían la sobrepoblación. ¡Nos beneficiarían económicamente! Pero somos humanos: una muerte no implica “beneficios” sino una derrota, pues perdemos a alguien irremplazable, valiosísimo, con posibilidades de engendrar a genios, artistas o místicos. No, el virus no nos vencerá. Inventarán una vacuna.

Brindamos con el desconocido, una mesera y la cajera. ¡Cheers! Al final, el suelo ondula un poco. Kelvyn me ofrece su fuerte brazo. Por fin, ¡somos y estamos libres!

19 de mayo (ojalá, por pura suerte, esta fecha sea la fecha correcta)

¡Lo logramos! Sonrío de oreja a oreja. Más locos, pero sanos y salvos, aterrizamos en Adelaida. El pequeño aeropuerto nos acoge. Por el pasillo hacia la salida, distingo a policías y guardias. Algo malo sucede.

Kelvyn se detiene y a mí se me detiene el corazón. Suspirando, me mira de frente:

--Luv, debemos pasar una segunda cuarentena: dos semanas de encierro “voluntario” en nuestra casa.

Tardo varios segundos en reaccionar.

--¿Por qué no me lo dijiste?

--Merecías un día feliz.

--Traemos los papeles de liberación. ¿Adelaida no confía en Brisbane? ¡Somos vecinos!

--Los Estados desconfían unos de otros; a tal grado que todavía no abren las fronteras interiores. En South Australia sólo hubo ocho muertos y quieren conservar ese récord.

--Los liberales lo publicarán a los cuatro vientos. Su eficiente lucha contra la pandemia ganará las próximas elecciones. Los políticos no piensan en nosotros, piensan en ellos.

--Evitan, por todos los medios, que el virus se extienda a través del país.

--No los justifiques. Dime, ¿cómo podemos traer el contagio si todos los viajeros estuvimos en cuarentena? ¡Apenas nos dieron de alta ayer! No tenemos fiebre, ni...

--Por favor –suplica.

Entonces lo observo: está exhausto. Para él, un hombre activo, que necesita caminar al aire libre, hacer ejercicio, leer tomando un café y platicar con desconocidos, el encierro resulta

insoportable. Sin embargo, nunca se quejó. Al contrario, sin agobiarme con sus cuidados, me protegió del miedo, el fastidio, la desesperación... Juntos, la pasamos estupendamente bien. Gracias a él.

Es mi turno. La esposa ideal abarca a la madre y a la amante. Y yo, ¿no me precio de serlo? Entonces, compórtate a la altura de las circunstancias. Le doy un beso en la mejilla. Una parte esencial de mi naturaleza acude al llamado del niño... estoy aquí, le digo en silencio. Tuviste mi pasión; tienes mi ternura. Apóyate en mí.

Avanzo un paso y de repente titubeo. ¿De dónde saco la fuerza para la siguiente etapa que, por repetitiva, desmoronará nuestras defensas? ¡Acumularemos 76 días de encierro! Retrocedo un poco en el plano físico; al mismo tiempo, vuelvo al pasado que nunca olvido por completo: el abandono de mi padre, un sádico (mi padrastro) que me consideraba un estorbo, mi madre alcohólica, la muerte de mi abuelo... Y sobreviví. Lo que no mata, da confianza en uno mismo.

Respiro hondo. A paso redoblado me dirijo al oficial:

--¿Dónde firmamos?

--¿Se comprometen a no admitir a nadie, ni salir de su casa en catorce días?

--Sí.

--Incurrirían en una multa si rompen las reglas. Dos policías los visitarán a distintas horas, para comprobar su permanencia en el domicilio conyugal.

--Ni la multa ni los policías nos preocupan. Cumplimos nuestro deber como ciudadanos, aunque juzguemos esta imposición totalmente inútil.

Kelvyn sabe que su compatriota no entenderá mi razonamiento. Está acostumbrado a un *yes, yes, yes*, sin mayores comentarios. Deseo ampliar su horizonte mental, pero mi marido me arrastra

hasta la salida antes de que una discusión eche todo a perder. Sin el menor entusiasmo, rescatamos las maletas.

Rebecca, la sobrina de Kelvyn a quien prestamos el coche mientras estábamos en México, nos recoge frente al estacionamiento. Es médico y hace su servicio social. Tras los saludos, la acosamos a preguntas.

--Me asignaron a emergencias. Ni siquiera en esa sala vi escenas trágicas. Nunca rechazamos enfermos por falta de camas, medicamentos, respiradores o máscaras. La epidemia se contuvo a tiempo. Y ya tenemos todo listo por si hay una segunda etapa.

--¡Estupendo! Así que... ¿habrá más virus?

--Siempre ha habido, desde los cavernícolas hasta nuestra época --interviene Kelvyn--. No repercutieron mundialmente porque antes no existían transportes masivos; por lo tanto, el aislamiento los mantenía en un área específica. Hoy, sobrepoblación y tecnología dominan la vida del planeta, lo que ocurre en Timbuctú nos afecta en cuestión de horas.

--En Inglaterra algunos laboratorios siguen con investigaciones preventivas --añade su sobrina--. Han detectado más o menos doscientos virus que habitan en animales inmunes a estos organismos. Sin embargo, en cualquier momento pueden invadir al humano y provocar una catástrofe.

--Gracias, Rebecca --gruño--. De verdad, necesitábamos tus opiniones, tan optimistas, para dormir en paz.

--*Oh, don't worry!* Los científicos hallarán la solución.

--Tardarán siglos.

--¡Por supuesto que no! Están programando a una decena de robots para que encuentren la

información por medio de experimentos. Una computadora hace en minutos lo que antes requeriría años.

--¿Robots? --mi voz refleja incredulidad.

--¡Claro! Fabrican máquinas, manejan aviones y coches, ganan campeonatos de ajedrez, operan y salvan a muchos pacientes. Te lo prometo: nos librarán de trabajos denigrantes o excesivos.

No sé si esta niña (cumplirá 29 años y la considero una bebé) tenga razón, pero su seguridad afirma mi fe en el futuro. Mientras Kelvyn platica con ella, contemplo la ciudad. Ha vuelto a la “normalidad” desde hace una semana. Tiendas y cafeterías abren sus puertas dando atractivos descuentos; pero las calles siguen desiertas.

--La gente tiene miedo --comenta Rebecca.

--Australia es una isla, lejos de las áreas de contagio...

--Ni siquiera eso los tranquiliza. Tiempo al tiempo.

Nos deposita a veinte metros de nuestra casa y nos despedimos chocando nuestros codos. Ante la puerta, Kelvyn se vuelve hacia mí.

--Una segunda prisión --comenta, resistiéndose a entrar.

--Cárgame.

--¿Qué?

--Álzame en tus fuertes brazos --rectifico--. Igual que en París, cuando nos conocimos.

Su vanidad le dice que saldrá avante de esa prueba, aunque los años pesan. Aspira, contiene el aliento. Yo también. ¿Qué tal si me suelta a media altura y me rompo el esqueleto? ¡Han

pasado 19 años y peso cinco kilos más! Sin embargo, me levanta cual leve pluma.

*--You see? No problem!*

Me deposita sobre la cama, cierra la puerta principal y regresa sonriendo. Conozco bien esa sonrisa. Aparto las colchas; nos besamos y...

Intermedio

Cambio de escena

Con rigidez germana, ideamos un horario inflexible. Mañana mismo lo pondremos en práctica.

Día 1) Nos levantamos al amanecer (para nosotros, ocho de la mañana), tomamos un café y, medio despiertos, enfrentamos las tareas del día. Sietes meses de ausencia han acumulado basura, hojas, papeles y ramitas en el patio. Tras llenar cuatro enormes bolsas, apenas vemos el suelo.

Lunch (en español almuerzo. Ya nadie usa esa palabra. Prefieren decir “lonchamos”). Hago una lista del mercado y Kelvyn solicita los víveres por Internet, pero sé que daría un ojo por el privilegio de salir a cazar dinosaurios para llenar el refrigerador. El cavernícola sigue vigente en el sexo fuerte.

Parece que la basura se multiplica en la misma proporción que nuestras fuerzas disminuyen. Apretando los labios, continuamos barriendo durante dos horas. Apenas tenemos energía para poner las escobas en la bodega.

Aquí, (¡oh, desgracia!) la regadera no nos permite un baño comunal. Echamos un volado y tomamos turnos. Leemos. TV. Cenamos. A las 10 intentamos soñar con los angelitos.

Día 2) Limpiamos las ventanas, cuatro grandes y tres de regular tamaño; yo dentro de la casa, Kelvyn por fuera.

¿El resto? Igual al primer día.

- 3) Kelvyn ataca las alfombras con la aspiradora; luego trapea el baño y la cocina.

Sacudo. Encero. Pulo.

El resto igual.

- 4) Vacío los closet (en español ropero, pero ya nadie lo usa. Está del carambas: pienso con palabras del siglo XIX que me restriegan en la cara mi edad).

Obligo a mi marido a escoger sweaters y pantalones de invierno. Guardamos la ropa ligera en las maletas porque no tenemos mucho espacio. Pego dos botones.

Lo demás igual.

- 5) Limpiamos los marcos de los cuadros, la parte alta de los muebles, bajo la cama y los sofás, horno, refrigerador, libreros... Apenas las 12 am. Las horas se vuelven interminables.

El resto idéntico, excepto que los sueños con angelitos han perdido su atractivo. Sobre el tapete hacemos ejercicio. De repente, Kelvyn me abraza y hay algo nuevo en su mirada, algo inédito en sus besos.

Segundo intermedio.

- 6) Reviso las habitaciones. Por más que trato, no descubro ni rastro de polvo. Debo inventar algo o mi marido enloquecerá. ¡Aleluya! Lavamos las paredes del baño, reacomodamos toallas, cremas, peines, cepillos, etc.

El resto igual pero, ¿qué pasará mañana?

- 7) ¿Reanudamos las clases de español? No, dice Kelvyn. No puedo pensar con la lucidez acostumbrada. ¡Ah, me encanta su humildad! De pronto decide arrancar tres o cuatro hierbas, podar el metro cuadrado de pasto, además del árbol... Apuesto a que ese pobre, tan bonito y frondoso, no resistirá el entusiasmo de mi marido.

Cocino complicadísimos y deliciosos platillos, desde entremés hasta postre. Kelvyn pica las verduras hasta que sólo se distinguen con lupa. La tensión crece. Vemos dos películas por TV y una serie de Netflix. Kelvyn odiaba los finales cursis y ahora los juzga interesantes... al menos más interesantes que no hacer nada. La inutilidad lo aplasta. El aburrimiento deprime sus neuronas.

Nos acostamos a las 8 de la noche. Respiro lenta y acompasadamente para que crea que duermo. Teme despertarme y permanece inmóvil. Al fin el sueño lo vence.

- 8) Jugamos *scrabble*, leemos, jugamos *mahjong*, leemos, hacemos crucigramas. Por inercia, limpiamos de nuevo la casa. Se acuesta a las 7 de la noche. Da vueltas en la cama. Sus gemidos me impiden concentrarme en este diario. Se levanta. Abre una botella de tinto. Platicamos largo y tendido. A las 10:30 pegamos el ojo sin intermedios de ninguna clase.
- 9) Tengo una idea genial. ¡Le entregaré a Caterina! Sacrificaré mi novela a la tortura de una traducción, pero Kelvyn bien vale el sacrificio.

--Ayúdame --la palabra mágica surte efecto.

Pasamos tres horas haciendo algo que a los dos nos gusta. El día, concordamos, resulta muy agradable.

- 10) Gracias a dios se descompone el refrigerador. ¡Kelvyn tiene algo que hacer! Hay agua en el suelo. Inunda la cocina y la lavandería. Cocemos carne, pescado y verduras, tratando de salvar lo que se pueda. Nos enorgullece nuestra eficiencia.
- 11) Prefiero el riesgo del envenenamiento a comprar comida fresca, pero Kelvyn se opone. Es químico y siente un odio mortal hacia los gérmenes. Me someto a sus deseos. Él examinará los ingredientes y tirará lo podrido. Yo cerraré los ojos ante semejante desperdicio.

Me enseña a resolver crucigramas en inglés. Leemos. Le doy clases de español. Me cuenta chistes. Invento un cuento. Confesamos momentos tenebrosos del pasado.

Mencionamos amores hasta entonces secretos. Ah, entonces hubo otras... y otros... pero nunca tan hermosos, ni intensos, como este presente.

12) Dejamos la casa impecable. Si seguimos limpiando paredes, se desmoronarán y dormiremos a la intemperie. Calma tus ansias, Kelvyn.

Mi marido prepara café y propone un tema interesante: analizamos cómo educamos a nuestros hijos. Primero enumeramos los pequeños errores en que incurrimos; después, las equivocaciones garrafales que ellos cometen al educar a nuestros nietos.

Oímos una ópera del Metropolitan, por Internet.

Faltan tres días. Seguro los policías nos borraron de su lista. Podríamos asomar la nariz y, si no hay moros en la costa, correr por el parque... Tocan. Nos sorprende ese sonido. ¿Qué alma generosa recuerda a estos prisioneros?

Son los que no iban a venir, con sus uniformes impecables y su educación inglesa. Por más que ofrezco té, hablo despacio y pido que repitan tres o cuatro veces una pregunta, la entrevista dura diez minutos. ¡Debo impedir que nos abandonen! ¡Son los únicos humanos con quienes hemos conversado en los últimos tiempos! Acosada por la desesperación, les cuento nuestra tragedia. Por favor, concluyo, permitan que un técnico componga el refri. No, señora, de ninguna manera. Nadie entra en la casa de posibles contagiantes. El verbo contagiar no puede convertirse en gerundio, corrijo a ese inculto, segura de que Shakespeare me sonríe desde su tumba. Él me mira con cara de “*what?*” Me armo de paciencia y mi voz se quiebra al añadir: cada día pedimos comida al mercado, en pequeñas cantidades para que no se pudra. Sí, señora, lo entendemos. ¡Cuesta seis dólares la entrega a domicilio! Lo sentimos mucho. Más lo siento yo, afirmo mientras la furia recorre mis venas. Abro la boca para soltarle cuatro frescas. Justo en ese momento, Kelvyn se hace cargo de la situación. Casi con suavidad me obliga a entrar en la sala.

--Please, luv, te meterán en la cárcel por faltarle el respeto a los oficiales.

--¡Le estoy enseñando a hablar inglés!

Acepta tan generosa explicación; no obstante, con una mano me mantiene atrás de él.

Siempre me ha asombrado la fuerza de mi marido y esa admiración borra mi mal humor.

En unos segundos los despide. Adiós, adiós, vuelvan pronto.

Cuando estamos a solas, el encierro nos aplasta. Me abraza y permanecemos quietos, sintiendo cómo nuestros cuerpos se amoldan buscando ternura. Nunca hemos hecho el amor para disipar el aburrimiento, por curiosidad, reto, venganza, trampa, prueba, obligación, disculpa, docilidad, costumbre u obediencia. Nos hemos amado profundamente, entre bromas y juramentos y risas. Porque la entrega total es la más hermosa forma de decir te quiero.

Leemos en voz alta.

Kelvyn canta. Tiene una bella voz y lo conmueve la música.

Escuchamos a Mozart.

13) Faltan dos días. Ojalá no sean eternos. Los policías vendrán nuevamente a espiarnos y traerán noticias del mundo exterior.

Nos dejan plantados. ¡Traidores! Dijeron que vendrían dos veces y yo les creí.

Kelvyn saca el caballete y pinta. Leemos.

Yo escribo unos párrafos, sin mucho entusiasmo. Leo. A escondidas, tomo una pastilla para dormir.

14) Los policías nos despiertan tocando el timbre. Sentada sobre la cama, me aliso el cabello. A Kelvyn le importa un comino su aspecto y abre. Nuestra belleza natural está bastante marchita por la falta de sol, el aire puro y el poco ejercicio; sin embargo, pasamos las pruebas con honores: no tenemos calentura, no tosemos, no estornudamos, etc. etc. Pueden salir, nos informan. Mantenemos una calma

flemática. ¿Confunden la fecha? Gracias, decimos, conscientes de que la respuesta a dúo nos sale bastante bien.

Los güeritos se dirigen a su coche. De pronto uno se vuelve. Se cree muy gracioso y bromea: reparen el refrigerador. ¡Llamen al técnico! Kelvyn me besa, impidiendo que le recuerde a ese muchacho quién lo parió. Además, estoy tan contenta que paso por alto cuánto gasté en las malditas entregas.

Apenas cierra la puerta, hacemos las tonterías que muestran en las películas para proyectar felicidad: sonrisa, brincos, gritos, abrazos, zapateado. Verificamos el calendario. ¡Bravo, bravísimo! Equivocamos las cuentas. Debimos sumar el día de nuestra llegada... entonces... ¡Hoy termina la cuarentena!

Localizamos una clase de yoga por Internet. Nos apuramos a leer el final de nuestros respectivos libros; plancho la ropa que usaré. Corremos hacia el parque; Kelvyn literalmente, yo arrastrando mi rodilla todavía débil. Cruzamos la avenida que nos separa del jardín botánico, sin ver hacia los lados. Un auto pudo aplastarnos, pero todavía son la excepción.

Nos esperan los altos árboles, el olor a verde, las rosas que, por cientos, crecen en extensos prados, algunos pájaros, las fuentes... El paisaje llena nuestro espíritu.

La naturaleza es tan vanidosa como el humano. Sólo florece si la admiramos. Entonces, las ramas se alargan majestuosas, las raíces crecen bajo nuestros pies, y las sentimos, el agua, oculta entre las hojas, cae gota a gota. En ese silencio infinito, nos identificamos. Vegetación y hombres somos hermanos en el centro de lo creado.

¡La cafetería está abierta! Las cinco mesas que se permiten... ¡ocupadas! Hacemos fila en pleno éxtasis, como si fuéramos a entrar a Versalles. Las voces semejan música,

bueno, no tanto. El pastel sabe a gloria. Regresamos amoldando nuestros pasos. Hacía meses que no caminábamos al unísono.

Me acuesto como si acabara de nacer. A media noche despierto. ¿Oí un ruido? Kelvyn no duerme a mi lado. Me pongo la bata y lo localizo en el jardín. Hace un frío glacial. Regreso por un abrigo y un gorro. Forrada cual oso, contemplo las estrellas.

--Quise comprobar que desde hoy hago lo que me venga en gana. Otra vez soy dueño de mi vida --me pasa el brazo por los hombros--. Respira, luv, llena tus pulmones de aire.

La libertad inunda nuestro cuerpo. Es agua y estábamos sedientos.

--Vivo en una residencia para ancianos y me siento joven. ¿Y tú?

--Igual a un naufrago que llega a tierra firme.

--Se me acabó la imaginación. ¿Cómo cierro este diario? A los lectores les encanta lo cursi.

--Entonces, con un punto final y un beso.

3 de junio

¿Conclusiones? Todavía ninguna. Nuestra adrenalina apenas fluye y la costumbre nos guía. Hay un decaimiento en nuestra actitud. Ya no luchamos contra nada; bajamos las manos mientras nos invade lo peor de una seguridad gratuita e inalterable.

¿Por qué tanto desgano? Quizá actuamos igual al campeón olímpico que rompe un récord. Su futuro no encierra nada tan vibrante como ese momento en que presentó su trofeo a un público que lo aclamaba hasta enronquecer. Sólo tiene una certeza: el olvido cuando otro supere su hazaña. ¿Esto mismo nos ocurre? Nos debatimos contra la adversidad y vencimos... ¿Ahora qué?

Examino mis emociones: predomina la indiferencia y semejante actitud me irrita. Pronto moriría medio millón de personas. La cifra crece día a día y yo aquí, quejándome. Se me escapa un suspiro. La euforia es esporádica, imposible de mantener en la vida cotidiana, pero extraño la efervescencia que todavía ayer me dominaba.

La ciudad nos recibe aún dormida. No todos los comercios abrirán. Varios letreros anunciando el cierre permanente del negocio, me provocan tristeza. “Normal” no significa “igual a antes”.

Algunos inventan métodos de supervivencia: clases por Internet, para los niños rezagados. Imposible, pienso. Tras la tarea y el largo horario escolar, una criatura no asimilará más información. Sin embargo, a los padres que no ayudaban a sus hijos les parecerá la solución perfecta. Ese maestro se hará millonario.

Preferimos tomar un café en el paseo peatonal, donde hay bancas y una fuente. Nadie usa mascarilla; sin embargo, este triunfo, el control de la epidemia en Adelaide, no causa alegría. Las personas arrastran su desaliento. Los observo. Se preguntan: ¿quién está realmente sano? ¿Quién porta el virus? ¡Esto no puede seguir así! La confianza resulta indispensable para la convivencia

armónica. ¿La recuperaremos apenas den luz verde a las relaciones sociales? Hoy podemos argüir que falta el abrazo, la risa compartida, el beso del saludo y el adiós. Mañana, superada la epidemia, ¿continuaremos pensando que el apretón de manos esconde un contagio mortal? ¿Persiste, muy en el fondo de nuestra conciencia, un recelo hacia el otro?

Quizá no amamos a nuestro prójimo, pero lo necesitamos. Este maldito virus, ¿ha abierto los ojos a hechos que consideramos inverosímiles, irrealizables o que afectaban levemente nuestro *modus vivendi*? ¿Cambio climático, contaminación, extinción de plantas y animales, armas atómicas? Apenas ayer decíamos: ¡exageraciones! ¡Lo solucionamos cuando llegue el momento! Por lo pronto, otro cigarrillo, tequila, vacación, marihuana, joyas, automóvil, viajecito... Sólo tenemos una vida y hay que gozarla. A mí no me molesten.

También nos enteramos, entre curiosos y escépticos, del SIDA, SARS, Ébola... ¡Ay, cállate! Eso sucede a los homosexuales y a otras razas. Te equivocas; ocurre a todos y en todas partes. Siete millones mueren cada año por contaminación atmosférica; tres y medio por beber agua sucia. ¡Alarmista! Si tanto te aflige inscríbete en *Medicins sans Frontieres*.

Entonces, de repente, lo que ocurre en la parte más lejana del planeta, con un nombre que ni siquiera conocemos, invade nuestro hogar... esa intimidad casi sagrada. Si el chofer, cartero, mensajero, costurera, albañil, además de muchos que hacen amable la existencia, se enferman, hoy nos afecta a nosotros, la élite, los suertudos. La ceguera ya no nos protege: los muertos aumentan.

5 de junio

Muchos médicos dan su opinión por TV, manteniendo al público informado y, sobre todo, consciente del papel que cada ciudadano tiene. Habrá una segunda ola de contagios. La noticia repta

bajo la piel; es un gusano que clava sus patitas en el cerebro esponjoso, indefenso. Así se engendra el miedo, de manera humilde.

Algunos países sufrirán menos si cumplen dos requisitos: primero, se mantienen aislados y combaten la epidemia a tiempo; Nueva Zelanda puso el ejemplo. Segundo, cuentan con un sistema hospitalario moderno y una población que respeta las medidas sanitarias. Al oír tales advertencias, un potente clamor brota del tercer mundo: ¡nuestros gobiernos nos abandonan a nuestra suerte! Entonces el miedo, apenas un embrión en esta sociedad consentida, *Australia, the lucky country*, se agita. Sigiloso, ocupa un sitio en alguna orilla oscura de la mente.

¿Esos médicos, dijeron la verdad o les divierte alarmar a la población?

--Kelvyn, ¿qué aconsejarías? No repitas “lávate las manos, mantén la distancia adecuada”, etc. Desde hace unos meses, a los recién nacidos les regalan mascarillas y los nenes dicen *gel, gel* (desinfectante líquido) en vez de mamá. Sugiere algo original, por favor.

--No muy original. Los monstruos humanos lo han propuesto a través de la historia y hasta se ha llevado a cabo por cierto tiempo. Por eso, la crueldad absoluta no me parece tan descabellada. Haría una selección. ¿Quién tiene más derecho a los servicios del Estado, es decir, a la salud?

--¿A la vida?

--¿A quién necesitamos, *luv*? Obviamente, las religiones dificultan esta decisión, pues casi siempre se oponen a la eutanasia. Los países ricos mantendrán cerradas sus fronteras; los pobres...

--...no podrán atender a millones de enfermos. Entiendo a dónde lleva tu argumento. ¿Salvarán a un viejo diabético, a un niño drogadicto o a un joven discapacitado? ¿Asignarán una cama a aquellos con más probabilidades de superar el virus o lo dejarán al azar? Pensemos por un momento, ¿a quién dirigiremos nuestro mejor esfuerzo y bajo qué principios? Yo se lo preguntaría a los ancianos, en especial a los desahuciados, solitarios o inválidos. Una inmensa mayoría detesta

sufrir, pero rechaza el suicidio por miedo al castigo. Un miedo tan terrible que sólo los ateos lo vencen --hago una pausa--. Se me ocurre una idea. Bajo estas circunstancias no deberíamos intervenir en los suicidios.

--Cada cuarenta segundos...

--¿Cuarenta? ¿Nada más cuarenta?

--...se suicida una persona. Los pobres beben cloro, plaguicidas, veneno para ratas, se ahorcan, se tiran de un edificio o de un puente.

--Por favor, Kelvyn, ahórrame los detalles.

--Los ricos mueren con más rapidez: se dan un tiro; a veces toman somníferos o drogas. Si no lo logran al primer intento, un 30% lo intenta de nuevo.

--Entonces aceptemos la elección de cada persona. En un mundo donde sobran millones y millones, respetemos a quienes ansían morir.

6 de junio

Los días se asemejan. Quizá el invierno aplasta; acaso el frío nos inmoviliza.

En el sueño conservo vestigios de esta realidad adversa. ¿Espero que una catástrofe me despierte? Después de todo, la pandemia (un esqueleto con la guadaña cortando de aquí para allá, en grandes movimientos que abarcan la población total) se desborda. Sólo un continente, Australia, la mantiene a raya.

Analizamos las propuestas fingiendo que nuestras ideas se llevarán a cabo. Nos mentimos porque de lo contrario seríamos presa fácil de la depresión. Propongo:

-A los desempleados les ofrecería convertirse en paramédicos y les daría trabajo en los hospitales.

-Requieren doctores, al menos enfermeros, *luv*.

-En África, los paramédicos aprenden procedimientos simples. La enseñanza dura un mes y lo demás lo adquieren con la experiencia. No solo ayudan en clínicas improvisadas, también visitan a los enfermos que temen separarse de sus familias. Así formaron una red protectora que se extiende después de que los pacientes sanan.

-Si esos muchachos adquieren un oficio, se consideran útiles y son respetados, su existencia cambia. Al menos, la sociedad que ahora los rechaza, les daría una oportunidad.

Guardamos silencio. Nuestras pláticas ya no tienen la agilidad, mucho menos una secuencia lógica.

-Deberíamos guardar mascarillas, guantes, caretas de plástico y oxigenador en un ropero, por si las moscas...

-¿Qué moscas? –pregunta Kelvyn.

-Expresión local -observo a mi alrededor. La luz ilumina el polvo que descansa sobre los muebles. La limpieza obsesiva ha desaparecido. Paso un trapo de vez en cuando; ya no cocino banquetes.

-Yo ampliaría la terapia de apoyo. Boletinaron por TV que tarda una hora o más el acceso a la ayuda telefónica gratuita y los viejos tienen miedo. Si les quitan la oportunidad de que alguien los escuche, bajarán sus defensas... Entonces morirán por cientos.

Permanecemos quietos, en esa residencia para la tercera edad, que se acompasa a nuestra melancolía.

-Muchas soluciones son simples y baratas, pero nos deslizamos por esta nueva vida sin plena conciencia -abro mi agenda, donde apunto información relevante. No quiero olvidar ninguna propuesta-: Un celular que detecte quién estuvo con un enfermo; auto cinemas, cafeterías y restaurantes que ofrezcan servicio en el coche; los oficinistas trabajarían desde su casa; horario flexible para que los obreros lleguen o se vayan por turnos, evitando la aglomeración en los transportes públicos; ventas por internet a precios muy bajos; entrega gratuita a domicilio; ahorro obligatorio, semejante a un seguro social. Este dinero reemplazaría los ingresos durante la pandemia.

Kelvyn saca de su cartera una serie de papelitos, donde escribe cifras, ideas y nombres.

-Los jóvenes se deben especializar en profesiones indispensables durante la siguiente crisis. Hay compañías que cosechan millones de dólares con el zoom, clases y juegos virtuales.

-Subsidiaría los coches eléctricos; triplicaría, cuadruplicaría el presupuesto para la energía solar, salud y educación, aumentando las publicaciones, las becas, los premios a las Artes.

-¿De dónde sacas los trillones que financien tus sueños?

-Australia fabricará seis submarinos nucleares, un gasto idiota pues una bomba atómica acabaría con todos los canguros.

-¿Así llamas a mis compatriotas?

-Un apodo cariñoso. Volviendo al tema... esos dólares, bien invertidos, sacarían de la pobreza a América Latina.

Kelvyn se levanta y me tiende su mano, mientras lo veo fijamente.

-¿Qué recortan los gobiernos cuando necesitan dinero?

-La cultura.

-Exacto. Adivinaste a la primera.

-Sólo había una respuesta.

-Durante los años que dirigí el Instituto Stratford, cuatro sirvientas dormían en mi casa. Así evitaba la impuntualidad. Tenían las tardes libres y, en vez de que se hicieran cargo de mis hijos, las mandé a la escuela. Casi ninguna se opuso. Les explicaba las lecciones, las ayudaba con las tareas, hasta les prometía premios. Presentí que un fracaso echaría a perder ese esfuerzo, que también era mío. La mayoría obtuvo su certificado de Primaria. Dos hicieron la Secundaria; a Ernestina la contrataron en una tienda. El concepto de sí mismas se transformó por completo. Eulalia lo resumió con una frase: Señora, ya no me siento criada.

-Se te olvida un pequeño detalle: la gente de nuestro medio sabe leer.

-Sabe descifrar signos gráficos; algo muy, muy diferente. Un letrero que dice “panadería” no provoca emoción estética, ni sugiere ideas novedosas o pone las tuyas en entredicho. La lectura requiere una comprensión profunda, que traslade al interior de la mente un universo creado entre el autor y el lector. Esta exigencia cansa, aburre o confunde, por eso la TV atrae multitudes. En media hora resume una novela y, todavía mejor, la interpreta. Indica qué y cuándo pensar. La carencia de sentido crítico reduce el intelecto, hasta que el público acepta cualquier estupidez como un hecho científico. En pocos meses, la caja idiota teje una dependencia total y se convierte en cerebro de sus *fans*.

-De acuerdo, *luv*, pero en medio de tu discurso tienes que respirar o te ahogará.

-¡No me distraigas! Si aprendemos a leer, lo que yo llamo leer, nosotros y el mundo mejoraríamos. Cada libro nos acerca a la cultura, el ideal griego. En una sociedad culta reina la justicia que, según Sócrates, es dar a cada quien lo que merece. Este equilibrio produce armonía, la mezcla perfecta de paz y bienestar.

-¿Por qué estás tan segura?

-El ministro de salud lo repitió anoche. Los inteligentes tienen mejores armas para luchar en una crisis, pero las duplican si, además, son cultos: aceptan largos periodos de soledad, se sienten bien consigo mismos, dominan el pesimismo, encuentran soluciones y...

-También tienen menos hijos, *darling*. En este planeta sobran cinco billones. Una población reducida respetaría el hábitat de los animales salvajes y, al evitar esta cercanía, nociva para ambas especies, impediríamos posibles contagios.

-Teníamos una sola certeza: la muerte; hoy existe otra: una nueva pandemia. Enfermarán millones y millones hasta que una vacuna o la inmunidad natural nos proteja. ¡Qué triste desperdicio y cuánto dolor inútil! Me acongoja esta pesadilla, Kelvyn.

-Pasaré, *luv*. Lo bueno pasa y, si lo apreciamos, queda el recuerdo. Lo malo pasa y, si lo evaluamos, queda la experiencia.

12 de junio de 2020

Desaparece esa alegría un poco tonta y un mucho infantil que de repente nos invadió. El silencio se alarga entre nosotros.

-Pondré mi grano de arena. Odio a los quejumbrosos. Critican esto, aquello, y no mueven un dedo para remediarlo. Hay excepciones. Katia, por ejemplo, entrega lo mejor de sí misma a cuantos se le acercan.

Kelvyn asiente. Nos hacen falta nuestros hijos. Abrazándolos en silencio se afianzaría la esperanza de renovación. Suspiro mientras agregó:

-Organizaré un club de lectura que abarque, exclusivamente, autores españoles y latinoamericanos. Aun leyendo traducciones, desplegaré, en un enorme abanico, un mundo desconocido para los australianos –esta idea me revive.

-Ya desmenuzaste lo negativo. ¿Existe algo positivo?

-Creo que sí. Esta crisis me ayudó a conocerme y a conocer a los demás. La rutina a la que estábamos acostumbrados se detuvo. Cesó la carrera de ratas en un laberinto; el trabajo obsesivo, el consumir y acumular, ese más, más, más que nos vuelve esclavos. Entonces, con tiempo para pensar, descubrimos valores casi olvidados, como los ideales de nuestra juventud. Ya lo intuía, pero me saltó a la cara, con una urgencia tremenda, la dependencia en el otro. Si cada uno se responsabiliza de sí mismo y actuamos en conjunto, nos salvaremos

-Me parece esencial una pausa en la que todos participen. En estos meses, agua y tierra se regeneran; los niños hablan con sus padres, los padres los escuchan; aves y peces recuperan los mares y bosques de donde los expulsamos; respiramos un aire más puro; tenemos tiempo para amarnos.

-Ojalá cada año se estableciera una cuarentena voluntaria, pagada, global. Nos haría mucho bien. Deberías proponerlo a tu representante en el congreso.

-¿Te sientes más optimista?

-Sí. Nunca aceptaré que mi vida esté a cargo de la suerte, el destino o dios. En cambio, me alienta que la raza humana luche contra los obstáculos. Entonces creo en el futuro.

-*Wow!* No hay nada más que decir.